

Torrente de civilización. Una aproximación a Argirópolis y sus conexiones con las ideas educativas de Sarmiento

Sergio Blanco*

Resumen

Partiendo de una breve presentación del contexto de producción del ensayo sarmientino *Argirópolis*, se exhibe primeramente su estructura sustentada en el binomio crítica-propuesta. En un segundo momento, se examina si este rasgo, común a las utopías, es suficiente para identificar al mencionado escrito con ellas. En tercer lugar, se aborda el original sentido de la insularidad propuesta por Sarmiento para la futura capital de los Estados Unidos del Río de la Plata. A partir de allí, podemos desbrozar el camino hacia la comprensión del proyecto de nación sarmientino, donde la dicotomía civilización-barbarie funge de dato central en su imaginario. Se pasa entonces a tratar los nexos con las ideas del sanjuanino en torno a la educación: primero, espigando una concepción amplia de lo educativo que nos sugiere la obra estudiada; luego, complementando lo anterior con su insistencia en una política educativa activa, para lo cual se trae a colación su polémica con Juan Bautista Alberdi. En las palabras finales se sopesa lo que dice y no dice *Argirópolis* respecto a la educación, enfatizando la continuidad de las ideas de Sarmiento en el marco de un proyecto de nación orientado hacia la civilización.

Palabras clave: Sarmiento, *Argirópolis*, utopía, educación

* Profesor en Historia de la Universidad de Buenos Aires (UBA), doctorando en Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Jujuy (UNJu). e-mail: blancogonzaliasergio@yahoo.com.

Torrent of civilization. An approximation to *Argirópolis* and its links with the educational ideas of Sarmiento

Abstract

Starting from a brief presentation of the production context of the Sarmiento's essay *Argirópolis*, its structure based on the critical-proposal binomial is first exhibited. In a second moment, it is examined if this feature, common to utopias, is sufficient to identify the aforementioned writing with them. In the third place, the original sense of the insularity proposed by Sarmiento for the future capital of the United States of the Río de la Plata is addressed. From there, we can clear the way towards understanding the Sarmiento's nation project, where the dichotomy civilization-barbarism serves as central data in his imaginary. It is then passed to treat the links with his ideas about education: first, gleaning a broad conception of education that suggests the work studied; then, complementing the above with his insistence on an active educational policy, for which his controversy with Juan Bautista Alberdi is brought up. In the final words we weigh what *Argirópolis* says and does not say about education, emphasizing the continuity of Sarmiento's ideas within the framework of a civilization-oriented nation project.

Keywords: Sarmiento, Argirópolis, utopia, education

Introducción

Mitad del siglo XIX. Hace cerca de dos años que Sarmiento ha retornado a Santiago de Chile, luego de un viaje por diversos países de Europa, África y América.¹ En este recorrido, su experiencia vital en los Estados Unidos será fuente de inspiración para su *De la educación popular*, publicado meses después de su arribo. Por esos días, el gobierno de Juan Manuel de Rosas realiza un pedido de extradición del exiliado, el cual es rechazado por el gobierno de Chile. Por entonces, la energía y creatividad del sanjuanino se despliega colosalmente: publica, en este breve lapso temporal, *Recuerdos de provincia* y el trabajo que aquí nos ocupa, el ensayo *Argirópolis*.

Aunque aparecerá en forma anónima, el autor se dará a conocer pronto, en las ediciones posteriores traducidas al francés. De hecho, la traducción a este idioma no es casual: Sarmiento ha insistido en ello, preocupado por la posibilidad de influir al gobierno galo con su escrito, en una coyuntura política particularmente intrincada en el Río de la Plata.

Esta coyuntura no es novedosa, sino el agravamiento de tensiones acumuladas desde tiempo atrás. Montevideo es objeto de un prolongado sitio establecido por las tropas de Manuel Oribe, aliado de Rosas; fuerzas francesas intervienen en el conflicto, bloqueando junto a los ingleses el acceso al puerto de Buenos Aires (para fines de 1849, el Tratado Southern-Arana ponía término al conflicto bélico con Inglaterra; empero el acuerdo con los franceses –Tratado Arana-Lepredour– demoraría aun cerca de un año). Como base para el control del tránsito naval en la cuenca del Plata, las tropas francesas se encuentran ocupando la isla Martín García. Este es el marco en que se redacta *Argirópolis*.

¹Hacia fines de 1840, debido a las constantes críticas que le dirigiera al gobierno federal de la Confederación Argentina encabezado por Juan Manuel de Rosas, Sarmiento es forzado a exiliarse (nuevamente) a Chile. Allí desempeñó distintas actividades ligadas a la cultura, escribiendo para periódicos y dirigiendo la Escuela Normal de Preceptores. El reconocimiento a su labor en materia educativa motivó que, para 1845, las autoridades gubernamentales chilenas le encomendaran el estudio in situ de los sistemas educativos en Europa y Estados Unidos.

Crítica y propuesta

El escrito sarmientino avanza apoyándose ora en la crítica, ora en la propuesta, momentos de análisis condenatorio de lo dado, sucedidos por largos pasajes proyectivos. La mirada desaprueba lo que ve, y se alza para imaginar cómo debería modificarse la situación.

¿Qué es lo que se critica en *Argirópolis*? La aflicción primera es la violencia. Las constantes disputas entre caudillos, el choque militar continuo. Así lo declara Sarmiento (2012 [1850]) cuando expresa que la intención del ensayo es “sugerir (...) un medio de pacificación que a la vez ponga término a los males presentes y ciegue en su fuente la causa de nuevas complicaciones” (p. 33).

Pero ciertamente la violencia es emergente de males profundos que atraviesan el naciente país, estando en el núcleo de los mismos el predominio aplastante de Buenos Aires sobre el resto de las provincias. La hegemonía de Buenos Aires, su control de la navegación en el Río de la Plata, su impedimento a las provincias del litoral de comerciar con el extranjero, y por tanto el manejo de las rentas aduaneras: ello era la raíz de las tensiones entre Buenos Aires y el “interior” (a lo que se sumaba la política de Brasil que, no queriendo que se recompusiera la unidad del antiguo Virreinato, alimentaba este enfrentamiento, lo mismo que las potencias europeas, que buscaban la libre navegación de los ríos interiores).

Lo anterior requiere una precisión: el mal reside en lo que esta situación geo-política del país implicaba para el conjunto. Así, Sarmiento (2012 [1850]) denuncia las desigualdades marcadas y crecientes entre el Buenos Aires y el “interior” que ésta conlleva: “El interior, al oeste de la Pampa, se muere de muerte natural: está lejos, muy lejos de la costa, donde el comercio europeo enriquece, y agranda ciudades, puebla desiertos, crea poder y desenvuelve civilización” (p. 35).

El garante de esta “nefasta” (des)organización geo-política del país es el régimen de Rosas. La carga axiológica negativa cae sobre su nombre, así como sobre los términos violencia,

americanismo, aislamiento, desierto, quietismo. El concepto que sintetiza lo dado, valorado negativamente, es "barbarie".

La contracara es la propuesta sarmientina que nos conduce a lo que debería y puede ser. Argirópolis es el nombre que da a la futura capital proyectada, proponiendo una solución acerca de la locación de la capital, lo que permite conciliar las pretensiones opuestas de las diferentes provincias y Estados. De este modo, la "solución Martín García" (sugerida por el ejemplo de la ciudad de Washington) garantizaría la posibilidad de comerciar con el litoral y Paraguay, acabándose los enfrentamientos con las potencias europeas, generaría la unión entre Argentina y la Banda Oriental, poniendo fin al enfrentamiento bélico, y terminaría con los conflictos entre Buenos Aires y el interior: las rentas aduaneras ya no serían monopolio de Buenos Aires (Scavino, 2012).

Sin embargo, la propuesta de *Argirópolis* no se agota en su capital, sino que se propone conformar los "Estados Unidos del Río de la Plata", reunificando el espacio de lo que fuera el antiguo Virreinato, redefiniendo el antiguo territorio colonial de acuerdo a principios de unidad nacional bajo una forma federativa, lo que significaría una contra-tendencia frente al desmembramiento de Sudamérica en pequeñas repúblicas. La construcción de una nueva capital en la isla Martín García, junto al establecimiento de un Congreso General y una Constitución son instrumentos para lograr la pacificación e impulsar este plan.

La isla Martín García es la llave que abre los ríos; éstos son el asunto central. Sarmiento parte de reconocer el derecho argentino a la soberanía sobre sus ríos interiores, y, sin desconocer ello, indica, pragmáticamente, que a la Argentina le conviene llegar a un acuerdo sobre la navegación de los ríos con las potencias europeas. ¿Por qué? Más adelante ahondaremos en la cuestión; por ahora basta señalar que para el sanjuanino la libre navegación de los ríos es fuente de comercio y riqueza, y el despliegue del comercio interior y exterior permitirá integrarse al proceso de desarrollo económico y cultural que está produciendo Europa (esto es lo que ha hecho Estados Unidos, que otra vez aparece como modelo a emular). *Argirópolis* busca garantizar la articulación del

país con el mundo moderno, lo que posibilitará desarrollar un proceso de crecimiento y riqueza sostenida (Padín, 2006).

Los términos de la carga axiológica positiva son paz, europeo, intercambio, poblamiento, movilidad. El concepto que condensa el valor anhelado es “civilización”.

¿Utopía o programa para la acción?

Innumerables estudios acerca de la utopía y lo utópico insisten en lo mismo: resulta característico en estos escritos la articulación de la crítica de lo existente con la proyección de una alternativa valorada positivamente. Como vimos recién, estos momentos están presentes en *Argirópolis*. Sin embargo, afirmar que toda utopía presenta este binomio no autoriza a identificar como utopía todo escrito que presente este rasgo. Sin pretender, en este breve espacio, un abordaje exhaustivo de la cuestión, interesa destacar que algunos autores caen en esta confusión. Por caso, según Adriana Rodríguez Pérsico (1988), *Argirópolis* es un claro exponente de pensamiento utópico ya que “plantea la disolución de los impedimentos junto con la reforma radical del sistema. Cuando la actualidad no satisface, se planifica para el futuro un mundo alternativo cuyo origen es la realidad contemporánea. Entramos en el camino de la utopía” (p. 514).²

Sin embargo, la cuestión resulta un tanto más compleja. Como acertadamente apunta Luis Padín (2006), la filosofía política moderna inaugura el siglo XVI con dos obras paradigmáticas: por un lado, *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo pone el eje en la problemática del poder; por el otro, Utopía de Tomás Moro, articula la crítica a la sociedad existente y la postulación de un modelo alternativo a partir del discurso del valor. Desde luego, todo proyecto político presenta estos dos discursos: el de los medios y el de los fines, el del poder y el del valor (Villoro, 2012).

²Véase también: Rezende de Carvalho, Eugênio (2014). Asimismo, algunos autores pasan sin mayores expedientes a considerar el ensayo sarmientino como parte del utopismo (Botana, 2011).

De modo que es posible encontrar ambas presencias en Argirópolis. Esto lleva a que numerosos comentaristas de la obra se debatan respecto a si se trata de un programa o de una utopía propiamente dicha, o si “es y no es una utopía” (Guevara, 2004, p. 4). El mismo Sarmiento (2012 [1850]), en este ensayo, pareciera jugar con el asunto: “¿Dirásenos que todos estos son sueños? ¡Ah! Sueños, en efecto; pero sueños que ennoblecen al hombre, y que para los pueblos basta que los tengan y hagan de su realización el objeto de sus aspiraciones, para verlos realizados” (p. 89).

En este sentido, Susana Villavicencio (2010) indica que, por un lado, la obra posee la materialidad del programa. Su sentido programático, advierte, es recurrente, en tanto los contenidos principales pretenden indicar el camino a seguir luego de que se deponga a Rosas. Y enfatiza el hecho de que el escrito está dedicado explícitamente al general Justo José de Urquiza, el hombre que por entonces, creía Sarmiento, disponía de los recursos necesarios para plasmar el programa. Pero por otro lado, señala que la propuesta tiene un carácter fictivo, sugiriendo tal cosa el neologismo de raíz griega (*argyros*= plata; *polis*= ciudad), original vocablo que alude a la utopía. Por lo tanto, entiende que “toda la obra encierra una tensión entre utopía y programa” (Villavicencio, 2010, p. 4). Retomando a Fernando Aínsa (especialista uruguayo en pensamiento utópico), apunta que dicha tensión entre teoría y práctica recorre toda la historia del continente americano. Padín (2006) también retoma el concepto de “función utópica” de Aínsa, pero entiende que, aunque la obra pertenece al ámbito del discurso utópico y realista a la vez, lo primero oculta las características de lo segundo: lo principal de la obra es la búsqueda de transformación de la realidad política nacional.

Por su parte, otra comentarista de la obra, Lorena Amaro Castro (2003), aborda el debate en torno a la naturaleza utópica de la misma indicando que, mientras Gustavo Ferrari (1968) establece que se trata de un panfleto político oculto bajo la fachada de una utopía, Horacio Cerutti Guldberg (2007) dice lo opuesto: sería el caso de una utopía bajo la apariencia de un panfleto político realista. Cerutti Guldberg argumenta que se trata de una obra que

muestra las “lacas” del presente a partir del reflejo especular de la sociedad alternativa deseada: hay crítica y propuesta. Pero Amaro Castro (2003) advierte que los rasgos utópicos presentes en *Argirópolis* se encuentran también en otras obras de Sarmiento, por lo que aquella participa de lo utópico en igual medida que estas otras, y no de un modo especial.

El problema de fondo del análisis de los comentaristas recién mencionados es que, al retomar los conceptos de “función utópica” y “tensión utópica” que utilizan Aínsa (1991) y Cerutti Guldberg (2003), caen víctimas del pan-utopismo propio de dichos autores: siempre que hay crítica a lo existente y proyecto superador nos encontramos frente a lo utópico, por lo que el concepto, al tiempo que se amplía hasta abarcar todo tipo de fenómenos históricos, pierde cualquier capacidad analítica.

Mucho más claro resulta Félix Weinberg (1988): insiste en que el sanjuanino utiliza el disfraz de la utopía para un proyecto político realista, y basa su aserción en el mismo Sarmiento quien, en otro escrito, alude a *Argirópolis* y a su utilización en aquella ocasión del “noble frontispicio de la utopía” (p. 107). Su estrategia interpretativa, endeble, sería acatar lo que un autor declara acerca de su propia obra.

Finalizamos esta revisión con el planteo de Miriam Gárate (1997), quien indica que:

... si la idealidad e insularidad de *Argirópolis* condicen con ciertos rasgos típicos del género, el libro como un todo difícilmente puede ser considerado como una utopía. Su espíritu pragmático, al margen de la viabilidad o inviabilidad del proyecto formulado, es demasiado fuerte: *Argirópolis* quiere ser una real solución para los problemas del país, un efectivo instrumento de equilibrio y reconciliación entre los diversos intereses en pugna. (p. 621)

Podemos notar dos cuestiones. Primero, la autora refiere al género utópico: la mayoría de los comentaristas trascienden la dimensión del género literario (ya que difícilmente podría ubicarse a *Argirópolis* allí) para centrarse, como vimos, en la intencionalidad y el modo utópico. En segundo lugar, Gárate (1997) descarta que *Argirópolis* participe de lo utópico debido a que busca ser una solución

real. El asunto es que numerosas utopías se propusieron ser una “solución real”. Por caso, Gerrard Winstanley (que, dicho sea de paso, dedicó su escrito a Oliver Cromwell) no redactó *La ley de la libertad* para entretenimiento del público, sino que fue concebida como “solución real”, y se propuso implementarla cavando con sus propias manos junto a sus compañeros diggers (para casos más conocidos, véase casi cualquier utopista socialista decimonónica).

Si *Argirópolis* no es una utopía no se debe a la intención de realización (o no) del autor, sino que, retomando lo dicho al principio, se trata de sopesar cuál de los discursos carga el peso fundamental, si el del poder o el del valor, si el de los medios o el de los fines. Las utopías pueden concebirse como “solución real”, pero su tensión está puesta en describir el mundo (la ciudad, etc.) solucionado, y a veces también en explicar y fundamentar por qué ese es el estado mejor. Los medios pueden mencionarse, pero no traman la obra (Kumar, 2000): no es esto lo que se le exige a la utopía, sobre la cual suele reverberar de manera desentendida un nuevo comienzo. Y la *Argirópolis* de Sarmiento se concentra en las vías, no en la terminal (aunque, veremos más adelante, la dimensión valorativa resulta ineludible: inténtese sino escribir la más pobre cronología desprovista de ella).

Atributos de lo insular

La insularidad es un topos frecuente (aunque no imprescindible) en la utopía. Pero, de nuevo, no es ésta condición suficiente para identificar un escrito como utópico. Más aun cuando la insularidad tiene, en el caso de *Argirópolis*, propósitos opuestos al que presentan las utopías clásicas. Si en éstas la insularidad es la forma privilegiada para garantizar el aislamiento, preservándose de las contaminaciones que supone toda frontera, la insularidad de Martín García no equivale a incomunicación. Por el contrario, esta isla se vivifica merced al intercambio constante con otros pueblos. Una isla está rodeada de agua, y el agua es, en el siglo XIX, el mejor medio para desarrollar actividades comerciales, que traen las riquezas y la prosperidad. Para Sarmiento (2012 [1850]),

el progreso viene del agua: “Esta es una ley universal. Del libre intercambio de productos entre una ciudad y los demás mercados del mundo depende su engrandecimiento y su prosperidad. La riqueza de los Estados depende del mayor número de puntos comerciales que encierran” (p. 77). Por esto *Argirópolis* es apenas la capital del “Argiropáis” que nuestro autor tiene en mente (Cerutti Guldberg, 2007).

El agua es agente conductor del progreso, y para que ese progreso alcance un “mayor número de puntos” es necesario liberar sus posibilidades. Esto significa no solamente ausencia de barreras legales para traficar, sino también ausencia de obstáculos naturales, facilidad de vías de transportación a través de obras que garanticen la fluidez de la circulación. Por ello el plan de Sarmiento es derribar las barreras políticas, legales y culturales que impiden la libre navegación de los ríos, e impulsar la creación de canales que estimulen la circulación comercial en el interior, recibiendo este influjo movilizador todos los extremos del país.

Los ríos son las vías privilegiadas, que permiten extender las posibilidades de las costas marítimas leguas y leguas hacia el interior, conectando el interior con el mundo:

Toda la vida va a transportarse a los ríos navegables, que son las arterias de los Estados, que llevan a todas partes y difunden a su alrededor movimientos, producción, artefactos; que improvisan en pocos años pueblos, ciudades, riquezas, naves, armas, ideas. (Sarmiento, 2012 [1850], p. 35)

Las ciudades-puerto canalizan los movimientos de importación y exportación, lo que genera crecimiento económico, progreso y posibilidad de acceder a la civilización. Como lo indica la palabra, la civilización reside en las ciudades.

Lo que para nuestro autor está aislado no es la isla sino el continente, el interior. El mal del desierto afecta al país, y la desertificación avanza en esta desconexión del interior. Postula así un binomio ciudad-campo, estableciendo un contraste entre lo populoso, numeroso, compacto y lo desierto o semi-desierto, desparramado, escaso (Amaro Castro, 2003). En la ciudad la civilización; extramuros, leguas y leguas de campo no trabajado, ranchos dispersos, el

gran desierto, la naturaleza indómita, el espacio descomunal que tiene que ser sometido. La antinomia ciudad-campo es subsidiaria de aquella que opone la civilización a la barbarie.

La (des)organización política del país resulta antagónica a estos proyectos. Ya en *Facundo* Sarmiento (1977 [1845]) indicaba que: “Los progresos de la civilización se acumulan en Buenos Aires solo [porque] la Pampa es un malísimo conductor para llevarla y distribuirla en las provincias” (p. 26). En este mismo sentido, amplía en *Argirópolis*: “Buenos Aires es el punto de una circunferencia adonde convergen de todos los otros extremos las líneas de comunicación, resultando que los puntos más distantes están, por este sólo hecho, condenados a la ruina inevitable” (Sarmiento, 2012 [1850], p. 64).

Así, la distribución de la riqueza y la civilización se ven impedidas por la funesta organización política del país. En primer término, como fue mencionado, es necesario derribar las trabas legales que impiden la libre navegación de los ríos.³ ¿Favorecía esto a las potencias europeas? Sarmiento reconoce que sí, que tal cosa conviene a los intereses europeos,⁴ empero

... más contentos quedarían los pueblos del interior, que con esta aproximación a sus fronteras de la actividad europea y del movimiento mercantil hallaría medios de enriquecerse, poblarse y civilizarse ni más ni menos como Buenos Aires y Montevideo (...). En este punto, pues, nuestro interés es casi el mismo que el de las potencias europeas. (Sarmiento, 2012 [1850], p. 99)

³“¿A qué causa sino a una mala legislación fluvial puede atribuirse el que tan vasto sistema de ríos navegables por tantos centenares de leguas no tengan sus márgenes cubiertas de ciudades ricas y populosas, y no arrastren sobre sus quietas aguas sino miserables y escasas producciones?” (Sarmiento, 2012 [1850], p. 82).

⁴Breve excursión acerca del neocolonialismo y la dependencia en *Argirópolis*: Scavino (2012) establece que la integración que Sarmiento propone al mercado mundial es de dependencia neocolonial respecto a los países industrializados europeos; la integración es como exportador de materias primas requeridas por la fabricación europea. Ciertamente, el sanjuanino no discute esta división del trabajo: “Nosotros no seremos fabricantes sino con el lapso de los siglos y con la aglomeración de millones de habitantes; nuestro medio sencillo de riqueza está en la exportación de las materias primas que la fabricación europea necesita” (Sarmiento, 2012 [1850],

Junto a lo anterior, como ya fue mencionado, resulta imprescindible garantizar caminos transitables, seguros, y realizar las obras para conectar por múltiples vías (siendo la acuífera la privilegiada) a las provincias del interior (y al Estado paraguayo, junto al interior de la Banda Oriental) con el mundo. Llevando a ellos la acción vivificante del comercio europeo, estos pueblos saldrían del estancamiento económico, las ciudades florecerían, se combatiría al desierto, entrarían en la ruta del progreso humano, dejando atrás la barbarie y encaminándose hacia la civilización.

Lo civilizado y lo bárbaro

El aislamiento es la barbarie. Nuestro aislamiento es la barbarie ¿Por qué? El peso de la herencia. El autor al que refiere este trabajo entiende que partimos de una doble rémora. En primer lugar, por el legado de atraso industrial e intelectual de la España misma:

... los estados sudamericanos pertenecen a una raza que figura en última línea entre los pueblos civilizados. España y sus descendientes (...) [c]recen de medios de acción, por su falta radical de aquellos conocimientos en las ciencias naturales o físicas, que en los demás países de Europa han creado una poderosa industria. (Sarmiento, 2011 [1849], p. 48)

En segundo lugar, porque, a diferencia de lo ocurrido en Norteamérica, la colonización española no arrolló con los salvajes o bárbaros indígenas, “razas incapaces o inadecuadas para la civilización” (Sarmiento, 2011 [1849], p. 50). En este panorama, todo régimen conservador (como el que encabeza Rosas) no puede más que ensanchar la brecha que separa a los hispanoamericanos

p. 98). Sin embargo, esto no significa que no realizara un lúcido análisis de la trama neocolonial, los intereses extranjeros tenían que ver con la dominación económica (y no con la conquista militar), y poco con ideales civilizatorios. Lo que entiende Sarmiento es que los intereses son coincidentes. Los europeos buscan garantizarse la posibilidad de vender mucho y comprar mucho, penetrando en todo el país con sus mercancías: “Este interés europeo en nuestro país está completamente de acuerdo con el nuestro, a condición de proveer a la seguridad de nuestro territorio y al cobro de derechos de los importación y exportación que las necesidades del Estado hagan necesario imponer; porque también nuestro interés está en vender la mayor suma de productos posible y comprar la mayor cantidad de artefactos europeos” (Sarmiento, 2012 [1850], p. 98).

de los pueblos europeos y estadounidense, los cuales se encuentran a la vanguardia de la civilización, y marchan aceleradamente por la ruta del progreso.

Entonces, permanecer en este estado es persistir en la barbarie. De ahí que detestara el culto a la tradición local, los particularismos que mantenían a las poblaciones en el aislamiento y la ignorancia: “por espíritu de antipatía a lo europeo, por americanismo” (Sarmiento, 2012 [1850], p. 107) se permanece en la barbarie. Tal como señala Arturo Andrés Roig (1994), el pensamiento sarmientino opuso “frente a la tradición ‘aislacionista’ que venía de las antiguas misiones y que caracterizó, en general, a la cultura colonial, un decidido aperturismo que implicaba una inevitable negación de lo americano, rechazado en bloque como barbarie” (p. 187). Entiende que hay una única cultura posible, a la que llamará civilización: o se está con ésta o se está con la barbarie; la América española debe ser civilizada o des-barbarizada (y des-españolizada), imponiendo la cultura europea. De este modo, nuestro autor postula una visión agonista de la realidad argentina, donde la dicotomía civilización-barbarie condensa los múltiples rostros del enfrentamiento entre los resabios del pasado colonial y el avance irresistible de la modernidad.

Ante la abundancia de juicios superficiales en torno al pensamiento sarmientino, comprendamos que en el par categorial dicotómico que éste presenta, la civilización implica no solo el rechazo a lo americano y el encomio de lo europeo, sino también la alfabetización, la democracia y el minifundio, siendo la barbarie inescindible de los términos opuestos —autoritarismo, analfabetismo, latifundio— (Pineau, 1994). De modo que el proyecto sarmientino presenta diversas aristas, que adquieren su sentido en el marco de un imaginario que resulta poco fructífero reducir a una fórmula absoluta.⁵ Como señala Adrián Ascolani (11 de septiembre de

⁵Atendiendo a la diversidad de interpretaciones en torno al pensamiento de Sarmiento, el siguiente párrafo presenta un breve resumen: “desde la derecha nacionalista, su pensamiento fue identificado con el proyecto liberal destinado a romper con las pautas culturales propias de la sociedad tradicional. Desde la izquierda nacionalista, en cambio, la adhesión de Sarmiento al pensamiento liberal permitió

2008), Sarmiento tiene un proyecto de nación que, en el marco de las ideas liberales, pugna por una transformación profunda del país, asegurando el orden interno y estableciendo una línea de desarrollo siguiendo los patrones europeos. Su visión del mundo, desde la antinomia civilización-barbarie, lo conduce a buscar las vías para la superación del estado de guerra que lo segundo supone, estableciendo un orden que asegure el progreso económico. En relación a esto último, su idea se vincula al desarrollo de un mercado interno diversificado, como el que percibe en el norte de Estados Unidos, un capitalismo de libre concurrencia con pequeños propietarios (y no a un modelo de acumulación centrado en los grandes capitales). Estas ideas están presentes en *Argirópolis*, donde se propone una inmigración de europeos que tuviera acceso a la propiedad de la tierra desarrollando una política de colonización bajo el ejemplo de Estados Unidos.

***Argirópolis* y la educación: primera entrada**

Encontrándonos ya en un momento avanzado del presente estudio no se ha escrito, hasta el momento, la palabra “educación” (a no ser por la mención de la clásica obra sarmientina). ¿Qué lugar ocupa la educación en *Argirópolis*? Sarmiento, “el” político de la educación, no aborda directamente el asunto en este ensayo. El texto no la tematiza. Apenas hay una referencia a la construcción, junto a otros edificios, de casas de estudio en la futura capital. Y no más.

Ahora bien, Sarmiento vinculaba la educación a la moral pública, considerada ésta como el conjunto de sentimientos comunes en una sociedad; para él la moral (costumbres) se adquiere de acuerdo a las condiciones materiales de existencia (Puiggrós,

que se lo identificara como un representante de la dependencia cultural. Desde la derecha liberal, su pensamiento fue banalizado y reducido a la imagen del maestro y padre de la educación, mientras que desde la izquierda liberal, se enfatizó el carácter progresista de su pensamiento pedagógico, negando o subestimando la importancia de los ataques de Sarmiento a la cultura popular y su justificación de los intentos de imponer la ideología cultural europea” (Tedesco y Zacarías, 2011, pp. 11, 12).

2017). Así, los intercambios con los países europeos industrializados no se limitan a las mercancías materiales, sino que implican también bienes culturales, en un proyecto donde la educación no se restringe a la escolarización, sino que implica un proceso de reconversión social, de “regeneración” de la población, más amplio. En el mismo sentido en el que la función primera de la escuela pública consiste en sacar a los individuos de su aislamiento y sumergirlos en la sociedad, se encamina el proyecto de “echar al agua” (Scavino, 2012, p. 25) a la sociedad. Los ciudadanos de *Argirópolis* son, antes que nada, formados por la misma organización; vivir en ella resulta central en su educación. La siguiente sentencia sarmientina refleja lo antedicho acerca de la proyección educativa en *Argirópolis*: “El pueblo educado en esta escuela sería una pepinera de navegantes intrépidos, de industriales laboriosos, de hombres desenvueltos y familiarizados con todos los usos y medios de acción” (Sarmiento, 2012 [1850], p. 92).

Este es el lugar de la educación en *Argirópolis*. Sin embargo, si nos detuviéramos aquí, incurriríamos en una grave distorsión de las ideas de Sarmiento en torno a la educación. Claramente la obra mencionada talla sobre otros aspectos que hacen al proyecto de nación, distintos de los educativos formales. Si, ciertamente, la educación en *Argirópolis* se manifiesta solamente bajo formas no escolarizadas, tal imagen del pensamiento sarmientino sería incompleta, apenas un fragmento que resultaría equivocado tomar por todo.

***Argirópolis* y la educación: segunda entrada**

Resultará más claro abordar lo anterior a partir de la célebre polémica que sostuvo nuestro autor con Juan Bautista Alberdi. Como es sabido, el debate surge a raíz de la publicación, en 1852, de *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América*, obra en la cual Sarmiento proclama su disidencia con el régimen surgido a partir de la derrota de Rosas en Caseros: ya no conceptúa al general Urquiza como la más alta gloria de la confederación (Sarmiento, 2012 [1850]), sino que lo juzga un inepto, arrogante

e impotente sediento de poder absoluto (Sarmiento, 1977 [1845]). Alberdi, quien por entonces se encuentra haciendo campaña a favor de Urquiza, da continuidad a la controversia con sus “Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina”, y posteriormente con “Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina”, escritos editados luego bajo el título *Cartas Quillotanas* (nombre debido a la ciudad en la cual Alberdi redactó parte de estos textos –Quillota, en Chile, país donde también se encontraba Sarmiento–). Éstos se intercalan con un puñado de cartas de Sarmiento (editadas post mortem en la obra titulada *Las ciento y una*), una a otra más airada, entramando un debate que escala en virulencia y apasionamiento. Estos dos pensadores utilizan las cartas abiertas como vehículo de la confrontación de sus ideas en diversos aspectos que atañen a la estructuración de un proyecto de nación: centrémonos, pues, en lo que atañe a la educación.

Partamos de la siguiente distinción alberdiana: educación no es sinónimo de instrucción, sino que el primer término es más amplio, incluye al segundo. Entiende que reducir la educación a la instrucción conlleva el olvido de toda educación que opere espontáneamente. Retoma así la idea rousseauiana de “educación de las cosas”, que refiere a la experiencia propia como fuente de conocimiento acerca de los objetos cuya impresión recibimos (Rousseau, 2015 [1762]). Esto era lo primordial: el pueblo argentino debía educarse, y solo posteriormente podría instruirse, ya que tal tarea únicamente estaba al alcance de los pueblos avanzados. Alberdi, por lo tanto, confiaba en la pedagogía de las cosas, donde una moral acorde a un modelo industrial y de libre comercio se aprendería a través de los hábitos y las costumbres nuevas que traería el propio crecimiento económico: la industria es el medio de moralización (Alberdi, 2017 [1852]).

Hasta aquí, tal “educación de las cosas” es aquella que se puede advertir en *Argirópolis*, la sociedad abierta al comercio y a la industria entendida como “escuela”, “pepinera” de hombres laboriosos. Prosigamos, sin embargo, con Alberdi: su postura se complementa con una marcada desconfianza en la capacidad de

la escuela en la transformación de la población en ciudadanos virtuosos y laboriosos. De este modo, enjuiciará duramente las tentativas de instrucción realizadas comprendiendo que no se adecuaban a las necesidades del pueblo, teniendo resultados estériles: en el nivel superior, una instrucción ajena a las ciencias prácticas y de aplicación no significaba ningún provecho, y la instrucción primaria resultaba completamente inadecuada a las necesidades de un país que “podrá deber al alfabeto, pero más falta le hacen hoy la barreta y el arado. Esta es la educación popular que necesitan nuestras repúblicas” (Alberdi, 1930 [1853], p. 122).

Sarmiento recoge el guante y responde frontalmente. Con evidente encono señala a su contendiente: “¡Para manejar la barreta se necesita aprender a leer, abogado Alberdi! (...) ¡Para manejar el arado se necesita saber leer, periodista-abogado! (...) Para hacer madera en los bosques se necesita saber leer (Sarmiento, 2005 [1853], pp. 255, 256). Para manejar las máquinas, para no echarlas a perder, para trabajarlas correctamente, resulta imprescindible la instrucción de los operarios.

Se advierte, entonces, una disímil valoración de la (en términos alberdianos) instrucción primaria: mientras Sarmiento la juzga una herramienta indispensable para la consecución del desarrollo productivo y comercial, Alberdi entiende que es ese mismo proceso el que forjará la modificación necesaria de los hábitos, dando lugar, a posteriori, a la aparición de los sujetos sociales demandantes de dicha instrucción (una vez alcanzado cierto nivel de civilización). Sarmiento, por su parte (y he aquí lo que no aparece en *Argirópolis*),

... creyó posible que la implantación pedagógica generaría la constitución de nuevos sujetos sociales y de nuevas políticas. Maestros y alumnos vinculados en la educación básica por una relación de instrucción, construirían un sujeto pedagógico capaz de transformar las costumbres y el estilo de vida de los argentinos. (Puiggrós, 2006, p. 82)

La educación popular es visualizada como parte de las fuerzas transformadoras, no como resultado final. Así, para el sanjuanino la transformación de la realidad argentina, no implica solamente atraer inmigración y capitales de los países más desarrollados de Europa (puntos en que coincide con Alberdi), sino que requiere

también una activa política educativa que coadyuve a la regeneración moral.

En sus cartas, Sarmiento reconviene a Alberdi: “Deshonradme en hora buena; pero no toquéis la educación popular, no desmoronéis la escuela, este santuario, este refugio que nos queda contra la inundación de la barbarie, que eleváis a sistema americano, a palanca de progreso” (Sarmiento, 2005 [1853], p. 256). Y aquí se advierte que, para el sanjuanino, el barbarismo del gaucho, del hombre sudamericano, es en sí mismo una demanda de educación, y su educación (que no es solamente “espontánea”, sino instrucción primaria) condición necesaria para el desarrollo nacional. La transformación no puede operarse sobre el hombre existente, sino que es preciso un cambio radical que asegure el pasaje de la barbarie a la civilización, cambio que no provendrá únicamente del crecimiento económico y de la importación de pedazos vivos de cultura europea, sino que demanda acción política, la presencia estatal en la obra de la extensión de la escuela pública. La escuela infunde hábitos de regularidad, permitiendo desarrollar facultades que posibilitan contener las pasiones, lo que contribuye decididamente a cimentar la moralidad. De esta manera será posible que las formas bárbaras de socialización desaparezcan, posibilitando el surgimiento de dos sujetos claves para la construcción de la nación moderna: el productor y el ciudadano. Hábitos laboriosos y de respeto a las leyes, personal capacitado y estabilidad política, en función de la promoción de la producción y el comercio.

Palabras finales

En el presente escrito se indicó que el escurridizo concepto de utopía supone, como rasgo distintivo, la postulación de otra realidad (que niega, axiológicamente, y supera lo existente) vertebrada a partir de un discurso valorativo, antes que articulada en un discurso explicativo. Desde esta proposición se entiende que *Argirópolis* es una obra que no responde esencialmente a lo utópico, en tanto se centra en las vías, en los medios para la consecución del fin valioso. Esta afirmación no implica negar que el mencionado escrito presenta, efectivamente, ciertas características de ese fin.

La política educativa de Sarmiento resulta ininteligible por fuera de su comprensión del fin valioso, su proyecto de nación que, ciertamente, tiene notas comunes con las ideas de Alberdi: esto es, políticamente, organizar las nacientes democracias nacionales bajo un orden racional y moderno, abierto a las civilizaciones avanzadas de occidente, siguiendo la estela del progreso material. La educación del hombre americano se plantea en los términos de esta concepción del mundo, lo que implica proveer un sistema de ideas y costumbres que superen las formas sociales existentes, modos que estimulen el progreso material y los hábitos industriales. Educar al hombre para labrar los campos, erigir industrias, explotar las minas, hacer caminos de hierro, transitar las múltiples rutas del comercio. En síntesis, se advierte un marcado criterio pragmático utilitario de la educación compartido por Alberdi y Sarmiento (Tedesco, 1993).

Argirópolis se estructura a partir del señalamiento de los obstáculos al progreso, cuyo removimiento posibilitará el libre curso de su torrente. El potencial estimulador del comercio, el alcance del hábito civilizador de los países europeos, se ve por entonces impedido por una serie de trabas que se condensan en un hombre: Rosas. Pero un par de años más tarde, cuando tiene lugar la polémica con Alberdi, Rosas ha sido derrocado; ya no se trata de confrontar con el aislamiento y la barbarie que el anterior régimen perpetuaba, sino de esclarecer las tareas que posibiliten el tránsito hacia la civilización, tareas que el "inepto" e "incompetente" de Urquiza y sus defensores no asumen. Entre ellas la educación popular.

De manera que, en *Argiropolis*, la educación aparece estrechamente vinculada a las condiciones materiales de existencia: de Europa vienen mercancías, pero también bienes culturales, y es la vida en este marco social la que educa a la población. Esta mutación cultural se podría obtener derribando las trabas existentes (Rosas, en primerísima instancia). Así, aparecen en un plano principal las circunstancias sociales que son, antes que nada, las que determinan la transformación humana, y por ello no hay un tratamiento de la educación bajo formas escolarizadas; Sarmiento no se detiene en esto.

Pero en el segundo momento, ya derrocado Rosas, Sarmiento confronta con Alberdi entendiendo que el desarrollo productivo y comercial no transforma, por sí solo, al hombre, sino que es necesaria una política activa en materia de educación para modificar las costumbres y estilos de vida. El hombre existente, la barbarie existente, no cambiará por mera obra de un entorno favorable, sino que es necesario cambiarlo a partir de una política educativa centrada en la incorporación de caracteres extrínsecos gestados en el seno de las culturas superiores.

De modo que, tanto en uno como en otro momento, el artífice de la transformación es externo, ya sea la industria, el comercio, o el Estado. Y nunca ocurre a partir de la dinamización de fuerzas interiores, a partir de lo que es potencia en el hombre sudamericano; no hay nada en él que pueda coadyuvar a un desarrollo progresista, porque todo lo suyo es barbarie. Sarmiento (2005 [1853]) denuncia que Alberdi ve en los gauchos la palanca de la organización y el progreso, y previene que no puede existir progreso sobre la base del “gaucho”, el “cholo”, el “guasó”, o cualquier equivalente en la América española. No es la barbarie la palanca que nos mueve hacia la civilización, sino la educación, industria poderosa que posibilita decuplicar las fuerzas de producción.

La política educativa es visualizada por Sarmiento como un medio, como un recurso que sirve para alcanzar la sociedad anhelada, aunque en su contenido de marcadas modulaciones palingenésicas pueden también encontrarse ecos utópicos. Aquella, así como otros elementos centrales de su proyecto de nación, solo puede germinar sanamente en un nuevo suelo, aquel que ha sido regado por el torrente civilizatorio del que da cuenta *Argirópolis*. La nueva sociedad requiere de este sistema hidrográfico, de reminiscencia saintsimoniana,⁶ que posibilita la circulación constante, el movimiento perpetuo de flujos (de bienes, de industria, de ideas);

⁶Curiosamente, quienes sostienen el carácter utópico de *Argirópolis* han pasado por alto el nexo entre ésta y las preocupaciones hidráulicas de Saint-Simon (en Ionescu, 2005). Si bien, como quedó establecido, no se comparte que esta obra sarmientina participe especialmente de lo utópico, sin duda es esta una veta sumamente sugestiva para explorar una argumentación contraria.

Argirópolis busca ser remedio para la obstrucción arterial de una sociedad aterosclerótica, posibilitando así la inyección del flujo vivificador que inaugure la civilización en tierras argentinas.

Referencias

- Ainsa, F. (1991). *Necesidad de la utopía*. Montevideo: Nordan-Tupac.
- Alberdi, J. B. (1930 [1853]). *Cartas Quillotanas*. Buenos Aires: Rosso.
- Alberdi, J. B. (2017 [1852]). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires: Gradifco.
- Amaro Castro, L. (2003). La América reinventada. Notas sobre la utopía de la civilización en Argirópolis, de Domingo Faustino Sarmiento. Espéculo: *Revista de Estudios Literarios*, 25. Recuperado de <http://www.ucm.es/info/especulo/numero25/argiropo.html>
- Ascolani, A. (11 de septiembre de 2008). Lo que es la ciencia [Programa radial]. Rosario: Radio Universidad, Universidad Nacional de Rosario. Recuperado de <http://ia800204.us.archive.org/14/items/EntrevistaAAdrinAscolani/EntrevistaAAdrinAscolani.mp3>
- Botana, N. R. (2011). La Argirópolis de Sarmiento. En *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas* (pp. 5-21). Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.
- Cerutti Guldberg, H. (2003). *Ideología y Pensamiento Utópico y libertario en América Latina*. México: UCM.
- Cerutti Guldberg, H. (2007). *Presagio y tópica del descubrimiento (ensayos de utopía IV)*. México: CCyDEL-UNAM, Ediciones EON.
- Ferrari, G. (1968). Una utopía realista. En D. F. Sarmiento, *Argirópolis* (pp. 7-14). Buenos Aires: Eudeba, 1968.
- Gárate, M. (1997). Argirópolis, Canudos y las Favelas. Un ensayo de lectura comparada. *Revista Iberoamericana*, 63(81), 621-630.
- Guevara, C. (2004). Las utopías argentinas: Sarmiento y Quirolo. *Crítica*, 136, 2-28. Disponible en <http://www.iaa.fadu.uba.ar/publicaciones/critica/0136.pdf>
- Ionescu, G. (Ed.) (2005). *El pensamiento político de Saint-Simon*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kumar, K. (2000). El apocalipsis, el milenio y la utopía en la actualidad. En M. Bull (Comp.), *La teoría del apocalipsis y los fines del mundo* (pp. 233-260). México: Fondo de Cultura Económica.
- Padín, L. (2006). Presentación. *Argirópolis*. Los Estados Unidos del Río de la Plata. En D. F. Sarmiento, *Argirópolis. Los Estados Unidos del Río de la Plata* (pp. 9-30). Buenos Aires: GEU.

- Pineau, P. (1994). El concepto de educación popular. Un rastreo histórico comparativo en la Argentina. *Revista de educación*, 305, 257-278.
- Puiggrós, A. (2006). *Historia de la educación Argentina I. Sujetos, disciplina y currículo en los orígenes del sistema educativo argentino (1885-1916)*. Buenos Aires: Galerna.
- Puiggrós, A. (2017). *Adiós, Sarmiento. Educación pública, Iglesia y mercado*. Buenos Aires: Colihue.
- Rezende de Carvalho, E. (2014). La utopía identitaria en Argirópolis de Domingo F. Sarmiento. *Tabula Rasa*, 21, 247-265.
- Rodríguez Pérsico, A. (1988). Argirópolis: un modelo de país. *Revista Iberoamericana*, 143, 513-523.
- Roig, A. A. (1994). *El pensamiento latinoamericano y su aventura* (Tomo 2). Buenos Aires: CEAL.
- Rousseau, J. J. (2015 [1762]). *Emilio o La educación*. Buenos Aires: Gradifco.
- Sarmiento, D. F. (1977 [1845]). *Facundo o Civilización y Barbarie*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Sarmiento, D. F. (2005[1853]) Las ciento y una. En J. B. Alberdi y D. F. Sarmiento, *La gran polémica nacional*. Buenos Aires: Leviatán.
- Sarmiento, D. F. (2011 [1849]). *Educación Popular*. La Plata: UNIPE.
- Sarmiento, D. F. (2012 [1850]). *Argirópolis*. Villa María: Eduvim.
- Scavino, D. (2012). Una nación para el océano. En D. F. Sarmiento, *Argirópolis* (pp. 11-32). Villa María: Eduvim.
- Tedesco, J. C. (1993). *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*. Buenos Aires: Solar.
- Tedesco, J. C., y Zacarías, I. (2011). Domingo Faustino Sarmiento: la vigencia de su pensamiento educativo. En D. F. Sarmiento, *Educación Popular* (pp. 9-25). La Plata: UNIPE.
- Villavicencio, S. (2010). Argirópolis: territorio, república y utopía en la fundación de la nación. *Revista Pilquen*, 12(12), 1-9.
- Villoro, L. (2012). *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weinberg, F. (1988). *Las ideas sociales de Sarmiento*. Buenos Aires: Eudeba.